

lourdes arizpe

introducción

La década de los setenta se inició con el entusiasmo por los movimientos de liberación y los procesos del desarrollo. A lo largo del decenio, a medida que las posiciones se endurecían se imponía el término de *negociación*. Ahora, los ochenta amenazan con convertirse en el decenio de la confrontación. En las economías capitalistas se sigue agudizando la contradicción interna entre un sistema productivo que requiere cada vez menos gente, y una ideología de igualdad y consumismo que impulsa a la población a exigir una participación económica y política cada vez mayor. Por otra parte, en algunos países europeos socialistas, la distorsión de los principios socialistas ha llevado en muchas ocasiones al estancamiento económico y a la represión política interna y externa. En consecuencia, las clases sociales y las burocracias que detentan el poder capitalista, así como las burocracias políticas en aquellos países socialistas quieren seguir implantando, ahora por medios militares y coercitivos, sistemas de poder que ya no pueden sostenerse ni económica ni políticamente.

Esta resistencia irracional hacia cambios que son indispensables para erradicar polos extremos de hambre y de riqueza, corre el riesgo de llevar a una guerra nuclear que, por "Limitada" que fuera, amenazaría la sobrevivencia misma de la sociedad humana. Pero, además, esta resistencia pone de relieve la irracionalidad que subyace a la civilización moderna: las cifras muestran que la subalimentación y la pobreza, tan vastas en el Tercer Mundo, podrían eliminarse y, además, se podrían proporcionar servicios sociales básicos para *toda* la población mundial, con los fondos que se gastan en armamentos, *en sólo dos semanas*.

¿De dónde provienen esos fondos excedentes gastados tan inútilmente? Del trabajo y la explotación de millones de seres humanos, sobre todo de países del Sur. Y lo que permite esa acumulación es una estructura financiera y comercial desigual a escala mundial. Frente a esta crisis, las mujeres no podemos permanecer pasivas, ni calladas: las organizaciones de mujeres y los planteamientos feministas, como lo muestran los artículos de este número de **fem**, pueden constituir una línea de acción y de reflexión importante para lograr sociedades nacionales y un sistema mundial más racional.

¿Por qué específicamente organizaciones de mujeres? Porque se utiliza de muchas maneras a las mujeres para sostener los sistemas actuales de explotación: el trabajo familiar no remunerado de las mujeres forma una parte vital de todos los sistemas económicos vigentes, sin que se le reconozca su valor económico; en zonas rurales, sobre todo en el Tercer Mundo, a medida que se va expulsando a las mujeres de la producción de alimentos, las industrias caseras y artesanales y el comercio, se va agudizando la concentración de recursos y de tecnología en pocas manos; tanto en economías industrializadas como en economías dependientes, las mujeres han constituido, y siguen constituyendo, una reserva de mano de obra que se emplea o se despide con facilidad, favoreciendo así la acumulación de riqueza imperante; a medida que bajan los niveles de ingreso en las clases más empobrecidas, las mujeres tienen que sobrellevar cada vez con menos apoyo el mantenimiento y cuidado de los hijos, muchas veces a costa de su propia alimentación y salud; el control tradicional que se ha

ejercido sobre la sexualidad de las mujeres destaca ahora como tema social y político por el interés de los Estados en regular el crecimiento de la población; finalmente, en todos los países, el campo "privado" del hogar, en el que se exigen por lo general normas de sumisión y abnegación por parte de las mujeres, tiende a convertirse en el campo en el que vierten los hombres sus sentimientos de impotencia y frustración por su condición en el sistema externo.

Pero, además, la crisis mundial actual tiene efectos particulares entre mujeres en el interior de países del Norte y del Tercer Mundo. En los países industriales, la recesión económica y las políticas monetarias han restringido muy marcadamente los servicios estatales que favorecían a las mujeres: las guarderías, los comedores sectoriales y escolares, y la atención médica y de supervisión a invalidos, ancianos y enfermos mentales. Cuando el gobierno inglés actual, por ejemplo, afirma que el cuidado de los ancianos y los enfermos mentales se debe restituir "a las comunidades", en realidad está diciendo que debe quedar, nuevamente, en manos de las mujeres sin que éstas reciban remuneración alguna por dicho trabajo. Es un hecho que el que vivan los ancianos y los enfermos mentales en un ambiente de familia, en el que los quieran y los atiendan es mucho más humano y mejor para su recuperación. Pero lo que está en cuestión no es esta consideración moral o terapéutica, sino el hecho de que, al convertir de nuevo esta labor en un trabajo no remunerado de las mujeres, el Estado se ahorra el pago de enfermeras y médicos, a quienes despide creando a las mujeres de "la comunidad" una triple jornada: trabajo doméstico, asalariado y de cuidado del enfermo, y con ello logra una acumulación mayor de recursos. ¿Adónde van a dar estos recursos? Muy probablemente, a la producción de armamentos.

También se han restringido, en países con políticas monetaristas, los servicios que habían logrado las organizaciones feministas de mujeres: las clínicas de contracepción y abortó, los centros para mujeres golpeadas y los centros de reunión para las organizaciones. Además de recibir menos servicios, las mujeres han sido las primeras en ser despedidas a medida que avanza la recesión. Esto se ha debido, por una parte, a la práctica tradicional de que el ingreso de la mujer se considera como un suplemento, y por otra, al hecho de que la mayor parte de los empleos que se pierden en Europa y en Estados Unidos son aquellos que ocupaban las mujeres. En efecto, en su mayoría, los empleos en las industrias textiles, de vestido, y electrónicas que se exportan al Tercer Mundo, los ocupan mujeres o minorías raciales y étnicas en países industrializados.

Del otro lado de la línea divisoria, en países del Sur, la crisis afecta también en forma más aguda a las mujeres: ya mencionamos que las actividades productivas rurales de las mujeres han sido las que más han declinado en los últimos decenios; especialmente en algunas regiones del Africa, donde las mujeres son las principales agricultoras de cultivos de subsistencia. Los gobiernos de países del Tercer Mundo, al impulsar los cultivos de exportación, en un intento por

equilibrar su balanza de pagos, excluyen a las mujeres de la tecnología y de los créditos para los nuevos cultivos. En algunas regiones de América Latina se incorpora a las mujeres campesinas jóvenes a estos cultivos y a la agroindustria pero en condiciones pésimas de salarios y de condiciones de trabajo. El deterioro de los niveles de vida del campesinado y la exclusión de las mujeres de las actividades que pueden ejercer en el ámbito local hace que un mayor número de mujeres que de hombres tenga que emigrar hacia las ciudades, sobre todo las mayores de cuarenta años. En las ciudades, al no poder encontrar empleos formales o al no ser suficiente el ingreso del marido para sostener a la familia, las mujeres se dedican a algunas de las variadas actividades del sector informal: la venta ambulante, el servicio doméstico no residente, la manufactura de pequeños juguetes, enseres o adornos. Finalmente, cuando su condición es muy desesperada, ingresan a la prostitución, y el círculo se cierra en que se culpa a la víctima de la desdicha que le ha provocado el propio acusador.

Pero, en la crisis actual, hay una situación en la que la mujer logra la igualdad: cuando sobreviene la represión, las mujeres son arrestadas, torturadas y asesinadas al igual que los hombres. Recordemos, con todo dolor, a Alaíde Foppa. Recordemos los sucesos del último decenio en el Cono Sur. Pensemos en Soweto, en Africa del Sur, donde se discrimina y asesina por igual a mujeres y hombres; en Egipto, donde fue arrestada Nawal-El Sadawi, escritora feminista, en tiempos de Sadat, y en tantas compañeras más.

El feminismo: visión y estrategias

Hasta hace poco, había incredulidad en cuanto a la capacidad de las mujeres de organizarse. ¿Una asociación cooperativa de 11,000 vendedoras ambulantes en una ciudad del Tercer Mundo?. Se pensaba que era imposible, y sin embargo, se organizó ya en Ahmedabad, India. ¿Créditos bancarios para 38,000 mujeres rurales pobres? Imposible, se dijo, no habrá recuperación del crédito. Pues sí lo ha habido, y este programa continúa en Tangail, Bangladesh. ¿Una huelga de 13,000 mujeres para protestar por la subordinación económica y política de la mujer? Imposible. Y, sin embargo, se llevó a cabo ya en París, el 8 de marzo de 1982, organizada por el M.L.F.

Las mujeres se organizan en todos los países y en todos los sectores. En la investigación, fue pionera la Asociación de Mujeres Africanas para Estudios sobre el Desarrollo (AWARD-AFARD). Actualmente está en formación la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Estudios de la Mujer y se organizan las asociaciones respectivas para la región árabe y para Asia. Las organizaciones políticas de izquierda de las mujeres han proliferado: En Tamil Nadu, Bengala y otras regiones de la India se organizan las mujeres Harijans, intocables. En Senegal, en el partido de izquierda de mayor importancia, se exige a los líderes que sus esposas reciban una formación política y participen en las deliberaciones. Los

grupos y publicaciones feministas también van en aumento: el Primer Congreso Feminista Latinoamericano y del Caribe se celebró en abril de 1981, en Bogotá, Colombia, y han surgido publicaciones feministas en Perú, Colombia, Brasil; en India, en Egipto, en Japón, en Filipinas y en otros países.

¿Cuáles son los planteamientos que impulsan a todos estos movimientos? ¿Son todos movimientos feministas? En un sentido amplio todos lo son puesto que parten de una acción de mujeres para lograr un cambio, ya sea para las mujeres mismas o para todo el conjunto social. Pero, al igual que otros movimientos políticos, hay diversidad de planteamientos teóricos. En Francia el Movimiento de Liberación de la Mujer (MLF) se considera una corriente distante de la corriente feminista; en Gran Bretaña las dos grandes líneas teóricas son el feminismo radical y el feminismo socialista. En los Estados Unidos las principales corrientes se dividen en radicales y apolíticas. En Italia las diferencias principales surgen entre los movimientos feministas autónomos y aquellos ligados a partidos políticos. En muchos casos las discusiones espesas de terminología y los debates sobre puntos infinitesimales de ideología que caracterizan a gran parte de los escritos feministas europeos, muestran sin embargo, una gran tradición intelectual que no acaba de asumir que el foro internacional para la reflexión social y política ya está más allá de sus fronteras. De ahí que los planteamientos más originales y más pertinentes para entender la situación mundial y las estrategias de las mujeres en el sistema global se esté realizando en países del Tercer Mundo.

Un primer paso para definir una línea de acción mundial para el feminismo se dio en Bangkok en 1979, en el documento que se incluye en este número. En él las participantes de países del Norte y del Sur definieron como uno de los objetivos del feminismo la necesidad de combatir la pobreza y la injusticia social.

Señalan, además, que lograr la igualdad implica también lograr la dignidad y la autonomía para las mujeres. Y, finalmente, marcan como estrategia principal la organización colectiva de las mujeres mismas.

Uno de los problemas que con más frecuencia han surgido en las organizaciones feministas es el de la doble militancia: militancia feminista y militancia de izquierda. En el artículo de Sheila Rowbotham* y de sus colaboradoras se analizan las alianzas y los pleitos entre las agrupaciones feministas y los grupos de izquierda en Inglaterra. Sería importante hacer este análisis para América Latina. La consabida acusación de que el feminismo, además de ser "burgués e importado", produce "el cacerolismo" es, además de miope, totalmente incorrecta. Las mujeres que en Chile se lanzaron a la calle con sus cacerolas vacías no eran feministas; no protestaban por la opresión de la mujer. Al contrario, protestaban contra

el único gobierno que amenazaba con quebrar los privilegios de que ellas habían gozado. Protestaban porque, hasta cierto punto, sus papeles de mujeres de clase alta podrían desmoronarse. Una se pregunta qué pasaría el día en que las mujeres pobres del Tercer Mundo, que realmente no tienen qué darle de comer a sus familias, salieran a la calle con sus ollas vacías: aparte de que se congestionarían todas las carreteras y las ciudades quedarían paralizadas, ¿acaso no cambiaría el equilibrio de fuerzas políticas dentro de los países?

La relación del feminismo con la izquierda remite a la situación de las mujeres en los países socialistas. A este respecto se incluyen también en este número dos artículos sobre Vietnam y Rusia. La experiencia vietnamita, como me lo señaló también Le-thi-Nham Tuyet, reitera que, a pesar de la intención del nuevo régimen de seguir apoyando la participación de las mujeres, la dinámica que ha tomado el desarrollo interno las va dejando a la sombra del camino. Y la experiencia más inquietante es la de las feministas rusas que publicaron el famoso *Samizdat*, el periódico clandestino del que se reproduce algún material. En cuanto a las consecuencias del *Samizdat*, en julio de 1980 fueron arrestadas y exiliadas de la URSS Tatiana Goricheva, Natalia Malakhovskaya e Irina Tischenko. Poco después se les concedieron "visas de salida" a Tatiana Mamonova y Sophia Sokolova.

El pronunciamiento más reciente, la "Declaración de Dakar", de un grupo de mujeres feministas de Africa, Asia, Europa y América Latina reunidas en Dakar, Senegal en junio de 1982, reivindica el derecho de las mujeres a participar activamente para evitar que los estrechos intereses nacionales y de clase lleven a una confrontación nuclear y a la parálisis de las negociaciones Norte-Sur. Se afirma, asimismo, nuestro derecho a formular una perspectiva de las mujeres para analizar y actuar sobre los problemas económicos y políticos del mundo actual. Se acepta el feminismo como línea de acción internacional que permita la solidaridad entre las mujeres, así como la necesidad de establecer estrategias particulares del feminismo según las condiciones de cada país. Finalmente, se hace un llamado para que las fuerzas progresistas actúen en conjunto para lograr sociedades más justas que protejan el mundo mañana y aseguren la supervivencia de la humanidad.

Esperamos, en resumen, que este número de *fem.* de testimonios, análisis y reflexiones de mujeres de diversos países, que sea un aporte a la lucha feminista y ayude a un avance hacia el futuro, habrá que pensar siempre en términos de una sociedad global, mundial. Sólo si logramos una comunicación y una reflexión de conjunto podremos entender los planteamientos y estrategias de las mujeres en otras regiones. Y quizás entonces este mundo fragmentado encuentre un sentido común.